

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA TRANSCULTURACION DEL INDIO CHAQUEÑO

por ENRIQUE PALAVECINO

La República Argentina se cuenta en Sud-América entre aquel reducido grupo de países en los que la presencia del indio, con su baja economía y difícil adaptación a las condiciones sociales de la cultura occidental, no constituye un problema vital que afecte a un elevado porcentaje de la población.

Para mal, la mayor parte de la población aborígen de nuestro territorio se extinguió muy tempranamente, y para bien una pequeña parte se incorporó a los planos económicos, sociales y religiosos de la nacionalidad. No obstante ello, quedan aún en nuestros días tres núcleos de población nativa que, por corresponder a otros tantos grupos culturales distintos presenta tres distintos géneros de problema en cuanto a las consecuencias del impacto de la civilización occidental.

Me refiero a los araucanos de las pampas y de la Patagonia, a los indios de la Puna y a los indios de las llanuras chaqueñas (Formosa, Salta, Chaco, Santiago del Estero). Los dos primeros grupos, alfabetizados en gran parte, han desarrollado ya aptitudes suficientes para convivir y prosperar en nuestro medio. El tercero, en cambio, hasta hace pocas décadas vivió y vive todavía una vida muy poco distinta de la que llevaba en el momento histórico de la conquista. Su territorio, tiene apenas unos setenta u ochenta años de ocupación por una dispersa población rural blanca compuesta por santiagueños y salteños por el Oeste y correntinos, santafesinos y paraguayos por el Este. Esta población dedicada a la ganadería y protegida por puestos militares y policiales tiene sus centros de abastecimiento en los pueblos formados en torno a las estaciones ferroviarias de las líneas Formosa-Embarcación y Metán-Barranqueras, construídas en los últimos venticinco años.

Una tradición de hostilidad y recelo separa al indio del blanco, criollo o no, recién llegado al Chaco. La subestimación consiguiente a tal situación contribuye en gran medida a que los pueblos de recolectores y pescadores, que son las tribu toba y mataka, sientan intensificados sus sentimientos de inferioridad frente a esos invasores desdeñosos, que

los emplean en tareas fatigosas y les pagan mezquinamente permitiéndoles apenas, a guisa de generoso don, continuar viviendo con muchas restricciones en los terrenos que pocas décadas atrás consideraban naturalmente y por siempre indio.

Por supuesto la historia de estas relaciones de blancos e indios en el Chaco no constituye un hecho particular. Donde quiera que el hombre blanco occidental se encontró con pueblos primitivos ha sucedido lo mismo. La única variante la dan los tipos de reacción de las diversas culturas nativas frente al impacto de las tácticas agresivas y avasalladoras del hombre blanco. En otro tiempo y circunstancias el problema de la adecuación del nativo al nuevo contorno cultural se resolvía por la violencia o por un tipo de adaptación forzada que entrañaba, a la corta o a la larga, la desaparición de las mejores cualidades culturales del grupo sometido cuando no la extinción del grupo mismo. Hoy tenemos clara conciencia de que esos seres humanos son creadores y dueños de un estilo de vida que, aunque difiere del nuestro en muchos aspectos, les ha permitido dominar su medio, proveer a todas sus necesidades y sobrevivir hasta nuestro tiempo como comunidad organizada a través de milenios.

Sabemos también que en presencia de nuestra cultura tratan, desesperadamente, de alcanzar sus ventajas o lo que ellos estiman por tales y que en el logro de esa finalidad cometen errores a veces fatales o dolorosos que los hacen sufrir intolerablemente y, finalmente, y esto es ya adquisición definitiva de los conocimientos antropológicos, sabemos que un adecuado tratamiento de las comunidades aborígenes, fundado en el conocimiento profundo de la cultura nativa y de la personalidad del indio puede dar como resultado la transformación de esos lamentables parias, que viven en increíbles basurales cerca de las poblaciones blancas, en núcleos de ciudadanos limpios, sanos, útiles, satisfechos y libres de resquemores.

La primera etapa de esa finalidad debe cumplirse con un conocimiento exacto del estilo de vida nativo en todos sus aspectos (material, social y religioso). Felizmente en esta parte hay ya mucho adelantado como resultante de los numerosos viajes de estudio cumplidos por varios especialistas, entre los que se encuentra quien esto escribe.

La segunda etapa la constituye la observación de los rasgos espontáneos de adaptación surgidos en los dos tipos principales de transculturación: libre y tutelada. La utilidad de esta observación radica en el hecho de que nos permite estudiar directamente los resultados del con-

tacto de dos grupos culturales distintos y discriminar el grado de receptividad del grupo más primitivo, así como sus posibilidades máximas de adaptación colectiva e individual.

El tercer paso debe constituirlo la coordinación de esas observaciones para crear legalmente el medio más favorable a fin de que la transculturación se cumpla, con el mínimo trastorno y máximo provecho, en el menor tiempo.

He aquí algunas observaciones concernientes a los hechos de transculturación de los chaquenses.

Economía

En general la adopción de una nueva economía determina en la alimentación del indio cambios que originan profundas alteraciones de todo orden. La economía primitiva del indio sufre los consiguientes cambios correlativos.

La recolección de frutos silvestres se reduce considerablemente pero se conserva con singular persistencia la de la algarroba. La principal razón de esta persistencia es que la recolección de esta fruta entre los indios del Chaco se vincula con un período de su vida singularmente agradable. Es en el verano cuando abunda el sustento de frutas sin que tampoco falten otros alimentos. Los bailes nocturnos y las libaciones de aloja preparada por ellos mismos ponen al indio del Chaco en un estado placentero tal que durante todo el año lo recuerda como meta suprema de los afanes y padecimientos del invierno.

Por otra parte en la época de la algarroba el trabajo de los ingenios que ocupan muchos indios disminuye y permite que la mayor parte de las tribus retornen a sus territorios nativos. No obstante ello, aún en los casos en que por razones religiosas se abandona el consumo de las bebidas alcohólicas, suelen los indios buscar la algarroba para consumirla como comida o como "añapa". El sabor azucarado les atrae mucho pero no tanto como el consumo de la miel silvestre que, de tiempo en tiempo, se ofrece al aborigen que vaga libre por el bosque o que trabaja cortando madera. Las especies melíferas son varias y abundantes, de manera que la miel suele constituir un inmejorable aporte a la dieta normal. Es curioso advertir cómo el indio al pasar a la dieta del blanco reemplaza la abundante provisión de miel silvestre con el consumo de grandes cantidades de azúcar. En Embarcación, en 1944, este consumo llegaba a la ingestión de 250 gramos de azúcar blanco por cabeza y por día en algunos casos. El consumo de carne vacuna es para el indio, cuan-

do está a su alcance, un producto de gran preferencia. Obviamente las partes que puede comprar un indio en los abastos son las más baratas. En Embarcación adquieren la cabeza de los vacunos sacrificados y el estómago (mondongo). Una cabeza suministra alimento a varias familias (dos o tres) quienes consumen esa carne asada o hervida. El pan blanco es otro de los alimentos introducidos que el indio consume deleitosamente. Pero no en todas partes el indio está en condiciones de procurárselo. Únicamente pueden adquirirlo en aquellos centros donde hay panaderías y en los que el indio, mediante un trabajo eficiente, puede recibir un jornal que le permita alimentarse adecuadamente. En general he podido observar que, entre los indios adaptados a nuestro modo de vivir y de comer, la alimentación alcanza aproximadamente el valor calórico diario de la de nuestro criollo campesino de la zona chaqueña. Aparte del pan obtienen, cuando pueden y hay en el mercado local, frangollo, harina de maíz y mazamorra. No son consumidores de leche. Esta no les agrada; en cambio son grandes bebedores de "mate cocido" en Embarcación donde el misionero, por razones de higiene, les prohibió el mate de bombilla, pero en otros lugares se muestran entusiastas "materos" al estilo clásico. Es mi parecer que el consumo de yerba mate los atrae, más que nada, a causa de la cantidad grande de azúcar con que endulzan el brebaje. En cuanto a la leche, repito, les repugna a los viejos y los jóvenes no la apetecen. Por otra parte el producto es escaso de modo que el indio prácticamente carece de la posibilidad de tener un abastecimiento adecuado.

Naturalmente, me he referido hasta aquí a la alimentación del indio que alcanza un óptimo posible en razón de su radicación en lugares más o menos urbanizados y que tiene, en cierto grado, tutelada su vida.

La alimentación del indio en su estado libre

Dentro de su propio sistema económico el indio extrae del medio geográfico en que vive los elementos necesarios para su alimentación. Al hablar de alimentación del indio en libertad y dentro de su propio sistema económico no debe entenderse que, como entre nosotros, disfruta a lo largo de todo el año de un tipo uniforme de alimentación, en cantidad y calidad. Muy por el contrario, tomando en consideración un ciclo anual completo la alimentación del indio no puede ser más irregular y diversa en cantidad y calidad. Por lo pronto, en todo lo concerniente a la recolección de frutos silvestres, únicamente en verano el indio obtiene un abastecimiento suficiente como para llenar sus necesidades. Es por eso que en su cómputo del tiempo, aunque reconoce los ciclos

mensuales lunares, no divide su año en meses sino en períodos climáticos relacionados con la fructificación de la plantas (*Nawop, Yachup, Chelchup*).

Al margen de estos recursos vegetales de cierto volumen, el indio en libertad se provee de carne mediante la pesca en los ríos y la caza, pero este último recurso es mucho menos importante que el de la pesca. El consumo de pescado es considerable. Las tribus que viven en el bosque reemplazan la escasez de pesca con una intensificación de la recolección y de la caza. Fuera de los períodos de abundancia de peces y de recolección el indio debe apretar su cinto y contenerse con lo poco que puede obtener "mariscando" aquí y allá. De este modo su vida anual resulta una alternancia de épocas de escasez angustiosa con tiempo de abundancia casi pantagruélica. Es por eso que el indio carece de medida y tiempo en cuanto a comida. Teniendo come insaciablemente; si carece de comida sobrelleva tranquilamente su miseria que para él no es accidente desgraciado sino una cóngrua inevitable que ha de ser compensada con el buen tiempo. Es útil notar que si bien a veces la comida está a su alcance con exceso, las posibilidades de formar reserva son limitadas por deficiencias técnicas y porque el espíritu de previsión no es y no será por mucho tiempo un rasgo saliente de la personalidad del indio del Chaco.

Por otra parte la agricultura tiene entre los indios en libertad limitaciones insalvables. Una chacra de los pilagá del Pilcomayo era en 1929, año en que yo los visité, un cerco de ramas bajas que encerraba unos seis a ocho metros cuadrados de superficie en el cual se habían arrojado al azar y mezclado un puñado de semillas de maíz, tabaco y zapallos que crecían a pesar de la maleza, nunca cortada, y de los ataques de los insectos y otras plagas.

Estas chacras representan un "test" de la capacidad nativa de un pueblo recolector y pescador para el cultivo del suelo.

El factor de estructura cultural que determina esa limitación radica, no solamente en la escasa disposición para entender y ejercitar una técnica premiosa, lenta y llena de riesgos como es la del cultivo del suelo, sino también en la organización social que, por razones obvias, es coherente con la baja forma económica y hace que el colectivismo que rige la distribución de los bienes obtenidos en las empresas de caza y pesca colectivas, debilite el sentido de la propiedad individual, de tal modo, que no resulte acto punible el apropiarse de la cosecha del cerco ajeno si se apetece y se necesita algo de lo que allí hay.

Esta forma de comunismo tiene su reflejo ulterior cuando el indio, ya bajo la tutela del blanco misionero, comienza a hacer siembras más extensas. Entonces es fácil advertir cómo el dueño de un sembrado cosecha sus frutos ordinariamente estando aún verdes temeroso de que, si los deja madurar en la planta, la tribu entera lo despoje un día del producto de su trabajo sin que le asista el mínimo derecho de protesta. Pero aún en los casos en que el indio goza de una tutela y protección fuerte como es el caso de las Reducciones Civiles, y algunas misiones católicas el indio muestra una capacidad muy limitada para labrar extensiones de tierra considerables y en general se muestra notariamente inferior al blanco en este aspecto.

Normalmente el indígena chaquense entre las tareas que el blanco le ofrece, elige siempre el trabajo a jornal. En realidad estos menesteres permiten al indígena el goce inmediato del fruto de sus esfuerzos en condiciones que se asemejan a la caza. Mediante el trabajo a destajo el indígena "caza" su jornal.

Recuerdo haber presenciado lacrimosa protesta de un toba ante el administrador de la Reducción Civil Bartolomé de las Casas cuando este funcionario le negó el permiso de ir a cazar cerdos monteses. Este desaprensivo agricultor, estando en plena cosecha de su chacra de algodón pretendía abandonarla sin ninguna preocupación. La pérdida que su ausencia podía ocasionarle no le importaba absolutamente nada, al lado del gusto de comer la carne que hacía mucho tiempo que no probaba. Ese indio, alejado ya desde hacía muchos años de la vida silvestre, que acaso nunca vivió en pleno como sus padres, que sabía leer y escribir, sentía a su manera, el llamado de un pasado ancestral cuyo regusto añoraba de tiempo en tiempo.

La vestimenta

En su estado cultural prístino la vestimenta del indio aféctase de prendas de cuero, fibra vegetal y lana tejida. Al entrar en contacto con el blanco es fácil advertir que uno de los elementos de la cultura que más apetece del blanco es el vestido.

Los viejos frecuentemente se resisten a adoptarlo pero para los jóvenes el vestir como blanco es una distinción apetecible, constituye el signo de su progreso y el rasero que allana exteriormente las diferencias.

Sin embargo la transición entre el vestido aborigen y el europeo no se realiza de una manera brusca. Se oponen al cambio violento por

una parte la carestía de las prendas y por otra, a pesar de todo el valor que el indio le confiere, la inercia del hábito. Por eso entre la vestimenta originaria y la adoptada se puede advertir una etapa intermedia en la cual el vestido es, por decirlo así, mixto. En esa etapa el paño arrollado a la cintura que usan los hombres no es ya el manto de lana tejida sino una tela de algodón de origen europeo. El busto se cubre con una camiseta de malla de algodón blanco o de color; muchos prefieren las camisetas que se usan para el fútbol a causa de sus atrayentes colores.

Completa este atavío generalmente un chaleco viejo, prenda que goza de singular preferencia a causa de que abriga sin trabar la libre acción de los brazos. Es recién después de una especie de noviciado que el indio completa su vestimenta adoptando los pantalones y, si puede, con un saco o chaqueta. El calzado corriente es la alpargata pero cuando está en su casa prefiere andar descalzo o con ojotas. Las mujeres pasan también por una etapa intermedia cuyo tipo más característico se puede observar en Algarrobal.

Allí las mujeres maticas, en lugar de faldas, usan un trozo rectangular de tela estrechamente arrollado a la cintura que les cubre hasta cerca de los tobillos. El busto, que en su estado libre tienen descubierto, lo cubren con una especie de corpiño y a la cintura llevan una ancha faja de cuero de vaca que sirve para sostener el paño en que envuelven su cintura y piernas. La cabeza suelen llevarla envuelta con un pañuelo cuadrangular a modo de turbante.

En Embarcación la vestimenta alcanza ya el mejor nivel que se puede observar en el Chaco Occidental, y llega a ser tan completa como en otras partes del Chaco Oriental, donde los indios tienen un contacto con el blanco de muchas décadas.

Un detalle curioso revelador del hecho de que para el indio su ingreso en el molde cultural del blanco es indivisible de la vestimenta; pude observarlo a la llegada a la misión de un grupo de neófitos maticos venidos del río Pilcomayo. Convertidos al cristianismo por evangelistas indios, apenas llegados sus cofrades más viejos se apresuraron a imponerles el uso de pantalones regalándoles esas prendas, considerando indecoroso el entrar al local donde se realizaban sus asambleas cristianas con la vestimenta que recordaba su vida pagana.

En vano el misionero intentó explicarles la indiferencia del vestido a los fines de la fe; los maticos se sintieron cristianos integralmente recién cuando vistieron pantalones.

Cabe destacar que el uso del vestido europeo y en particular del

pantalón, es un factor de propagación de enfermedades venéreas por cuanto la costumbre de prestarse prendas de vestir, alentada siempre por los rastros del viejo comunismo nativo, suele propagar el contagio de la blenorragia y de la sífilis así como el de diversas enfermedades de la piel. Es por eso que en algunas misiones los encargados se oponen a una adopción prematura del pantalón antes de que los servicios sanitarios sean convenientemente instalados y estén funcionando.

Las deformaciones corporales (tatuaje, perforación del lóbulo auricular, etc.) que constituyen un anexo importante al ornato del cuerpo según los cánones de la belleza y el bien parecer de los indios, bajo la influencia del blanco se atenúan y desaparecen hasta el punto de que sobre el río Bermejo ni siquiera los viejos tienen perforación auricular, en tanto que el tatuaje sin estar abandonado es ya bastante raro. Es sobre el curso del medio y bajo Pilcomayo donde todavía tienen vigencia las costumbres de tatuarse el rostro y perforar el lóbulo auricular.

Vivienda

La vivienda indígena chaqueña tiene como forma típica básica, la choza cupular hemisférica. En torno a esta forma existen numerosas variantes que afectan principalmente la forma de la planta. Bajo el influjo del blanco, en las misiones y en los poblados y reducciones civiles adoptan compulsiva o espontáneamente el modelo que le ofrece el rancho del criollo, consistente en la casa rectangular con techo a dos aguas. Sin embargo tal adopción no está libre de relictos del estado anterior.

Quizá el más importante sea el que afecta las dimensiones. En efecto: mientras en el interior del rancho del criollo está calculado el espacio para estar de pie y dar cabida a las camas, algún cofre y asientos, en el que el indio construye espontáneamente, aunque la forma es fielmente copiada, las dimensiones apenas sobrepasan en altura y superficie las de la choza cupular. Es casi imposible estar de pie en el interior, los lugares destinados a dormir son reducidos y la puerta es tan baja que es necesario inclinarse para entrar. Pese a los esfuerzos de los misioneros que, con algún trabajo consiguen hacerlos llevar la vivienda a sus dimensiones normales es casi imposible convencerlos de la necesidad de abrir ventanas.

Un hecho acaecido en San Martín de Tabacal resulta muy ilustrativo respecto del apego del indígena a su modelo tradicional, bajo circunstancias especiales.

En el caso aludido, un grupo de indios chunupí del Pilcomayo, de los que periódicamente se ocupan en la cosecha de la caña, fué invitado a ocupar como vivienda un galpón a la sazón vacío; el ofrecimiento fué aceptado con alegría y las familias invitadas a abandonar sus chozas cupulares construídas por ellos en el lugar de su tarea, tomaron posesión de su nueva residencia pocas horas después dentro del gran galpón de paredes de mampostería y alto techo de zinc los indígenas habían construído nuevamente sus chozas y la gran puerta de acceso estaba mañosamente empequeñecida con atados de paja y ramas, dejando libre solamente una abertura apenas mayor que la de cualquiera de las cabañas que se alzaban en el interior.

Hechos como éste son, naturalmente, escasos o excepcionales, pero lo común es que, en cualquier parte donde se halle instalado y cualquiera que sea el albergue que ocupe, el indígena chaqueño, en la primera faz de sus contactos con blancos, tiende a disponer su ajuar doméstico y ordenar el espacio en la misma forma en que lo hace en su precario refugio nativo. El lugar de estar, el lecho, el fuego, el botijo de agua y los restantes enseres se colocan en un orden tal que recuerda la disposición guardada tradicionalmente.

Las acciones del comer, el beber, el dormir y descansar se cumplen pese al cambio de medio. Solamente en etapas de adaptación más avanzadas se rompe el esquema originario y el indígena tiende más decididamente a la adopción del estilo del criollo.

Magia aborigen y medicina del blanco

En caso de enfermedad el indio recurre a los hechiceros de la tribu; pero ocurre que, bajo la influencia de la catequización cristiana, el prestigio de los hechiceros suele debilitarse con el consiguiente aumento del prestigio y la reputación de la medicina del blanco. No obstante recurrir el indio a la medicina del blanco siempre ésta inviste para él un carácter mágico.

De todas maneras en la comunidad de los criollos, rural o urbana, integrada por mestizos en buena proporción, participan también intensamente de las prácticas mágicas, a tal punto que no es difícil encontrar algún hechicero indio gozando de reputación profesional favorable entre los blancos. En una oportunidad conocí en Formosa a un agricultor paraguayo que contrató a un hechicero para hacer llover y me aseguró

que cada vez que lo pedía el brujo provocaba la lluvia que, a mayor abundamiento, caía únicamente dentro del perímetro del sembrado.

Otras veces, y no pocas, la reputación del hechicero indio abarca curaciones milagrosas, contando por ello con vasta clientela de blancos.

El idioma del indio y la lengua del blanco

El contacto de lenguas y el aprendizaje del castellano por el indio está erizado de dificultades en las condiciones normales vigentes en el Chaco. Estas condiciones impiden un aprendizaje suficiente porque los núcleos aborígenes todavía viven una vida segregada de la comunidad argentina local, su situación por razones culturales y raciales es de aislamiento y su vida vuelta hacia el interior de la propia comunidad, está falta de estímulos suficientes para aprender el idioma castellano. Únicamente dominan adecuadamente nuestra lengua aquellos indios que se han iniciado desde la infancia en la escuela o bien los que, por razones profesionales, han tenido contacto permanente con los blancos y fueron por ello obligados a una comunicación constante.

Sin embargo, no por ignorar el idioma castellano la lengua de indio permanece inmutable; por el contrario, la entrada en la órbita de la experiencia de seres humanos y cosas nuevas opera en la lengua como un revulsivo que determina la creación de expresiones circunloquiales y palabras para designar nuevas cosas del hombre blanco y las invenciones mecánicas.

Los días de la semana son nombrados con palabras que en parte constituyen expresiones conceptuales nuevas y en parte adaptaciones fonéticas de las palabras castellanas correspondientes. Así los días miércoles y jueves reciben respectivamente el nombre de “jualas chorvej” y “lación talaptaj” esto es: “centro de los soles” o “mitad de los días” y día de la ración grande. El viernes es “saluchinij” sábado pequeño, “salú” es sábado en tanto que el domingo se llama “lominco”.

Los focos de luz eléctrica se llaman “katetselistalles” y el camión “wejitaj” o sea “echa fuego por atrás”.

La carreta sólo sufre un leve cambio fonético: “caleta” y la escopeta se la conoce con el nombre de “lutsej chinaj” o arco de hierro.

Del mismo modo el ferrocarril es llamado carreta de hierro y el reloj “juala” o sea sol.

Tal vez por los razgos negativos de adaptación un observador superficial e inclinado a la discriminación racial podría suponer que

el indio del Chaco es totalmente inadaptable a la civilización occidental. Fundamentar tal juicio en el presente informe sería un error garrafal. Afirmo categóricamente que la totalidad de los rasgos de inadaptableidad provienen de un tratamiento inadecuado de las comunidades aborígenes y no de una específica incapacidad racial. Sostengo, asimismo, que cada grupo aborígen requiere únicamente una técnica cuidada para que cada individuo pueda participar en la medida máxima posible de nuestra cultura. El logro de ese fin por nuestra parte tiene un solo camino: el que señala el respeto humano junto con la aplicación de un método apropiado dentro de un sistema y que sea lo suficientemente elástico como para admitir una cierta graduación en el goce pleno de los derechos de la ciudadanía.

Por lo demás, si fuese necesario abundar en pruebas sobre la capacidad del indio bastará mencionar el discreto porcentaje de aborígenes jóvenes o de edad madura que se han adaptado con buen éxito a nuestra civilización superando un ambiente decididamente negativo. Me refiero a los que han aprendido a leer y a escribir, desempeñan oficios, hablan correctamente el castellano y han fundado familias indias que en nada se diferencian de las criollas de la región. En la Misión de Algarrobal cerca de 200 indios maticos han cumplido sus obligaciones con el servicio militar con excelente comportamiento y capacidad. Se trata de aborígenes que han recibido desde la niñez una enseñanza apropiada y un tratamiento respetuosamente igualitario junto con una asistencia social eficaz y desinteresada, o bien como en los casos esporádicos de individuos intelectualmente muy bien dotados que han hallado por su propia cuenta el camino verdadero para superar un medio adverso.

Conviene pues a la Nación y al Estado, al indio y al blanco que con él vive, la iniciación de una vez por todas, de una política racional al respecto de los aborígenes chaqueños que rompa los tabiques culturales que separan, de una manera intolerable en nuestro tiempo, las comunidades india y blanca manteniendo dentro del país una discriminación racial y social que la ley fundamental de la Nación repudia y el buen sentido condena.

Tocante a la prédica religiosa, por cuanto he podido observar en las misiones cristianas, ella es ampliamente beneficiosa. Mientras esas prédicas no tengan carácter coactivo, y no lo tienen, serán un arma efficacísima para luchar contra un medio en el que la desigualdad y la hostilidad parecen insuperables.